

LIDA, Clara E. (coordinación) *Tres aspectos de la presencia española en México durante el Porfiriato*. México: El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1981, 235 pp.

La profesora española Clara E. Lida dirigió, en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, un seminario de doctorado sobre Historia de España; el tema a investigar fue la inmigración española a México durante el régimen de Porfirio Díaz (1876-1911). El libro que en esta oportunidad reseñamos, recoge los trabajos finales de tres investigadores mexicanos que participaron en dicho seminario. Si bien es cierto, los tres estudios recogen diversos problemas, centran gran parte de su atención a las actividades comerciales de la colonia hispana en el México de fines del XIX. Manuel Miño Grijalba trata las relaciones comerciales entre México y España; Pedro Pérez Herrero la participación de los inmigrantes en el mundo financiero y comercial a nivel de todo el país; finalmente, María Teresa Jarquín busca las actividades de los hispanos en la Ciudad de México según el Padrón General de 1882.

Es necesario anotar que el Porfiriato tuvo consejeros “modernizadores” quienes plantearon la necesidad de traer colonos europeos a poblar los territorios fronterizos e, incluso, a instalarse en las tierras recién desamortizadas de las comunidades indígenas; sus pobladores se iban desplazando a los centros urbanos convirtiéndose en asalariados. Mientras tanto, España sufría los estragos de la crisis económica durante la Restauración borbónica. En la Península, los asesores de la monarquía, al verse imposibilitados de revertir la situación, concebían la emigración como una eficaz válvula de escape a las presiones de una población rural cuya escasa base material no le permitía prosperar. Así, estos casi desposeídos quisieron escapar de su pésima situación económica y lanzarse tras el espejismo de la riqueza americana. Se calcula que la emigración hispana a los años anteriores a la Primera Guerra Mundial (1875-1914) desbordó el millón de personas, es decir, aproximadamente el 30% del crecimiento de la población censada abandonó el país.

El problema reside en que pese a los intentos del Porfiriato de fomentar la inmigración, pocos fueron los españoles que optaron por radicarse en México. Hacia 1877 los radicados eran unas 6 mil personas, en 1900 apenas sobrepasaron los 16 mil y en el Centenario llegaron a casi 30 mil. Ahora, si desde el punto de vista cuantitativo el ingreso de hispanos a México fue una mera gota de agua en el inmenso océano de 13 millones y medio de mexicanos con que culminó el siglo, los rasgos intrínsecos de los recién llegados

hacen de ellos un tema cualitativamente complejo y mereceder de atento estudio.

Por ejemplo, se ha podido establecer que el nivel comercial entre ambos países fue débil debido a dos razones. En primer lugar porque durante el XIX las necesidades de las economías no industrializadas fueron satisfechas por las naciones industrializadas, poseedoras de una mayor gama de producción que ofrecer y que no podían fabricarse en los países llamados “periféricos”; además, los mercados ya habían sido copados por las países industrializados o “centrales”. Entonces, estaríamos hablando de un comercio *residual* de un mercado mundial ya establecido (Miño Grijalba). Asimismo, que la mayoría de los españoles que llegaron a México eran de sectores bajos y sin capitales para invertir en industrias o comercio, aunque tampoco se dedicaron a la agricultura. A la larga, formaron sus capitales allí, se quedaron a vivir en ese país, formaron una familia mexicana y reinvirtieron sus capitales en el país receptor (Pérez Herrero). Por último, en la Ciudad de México (de 183,369 habitantes en 1882), fue notable la superioridad numérica de los españoles (1,595) respecto a otros inmigrantes europeos, y la mayor parte derivaba sus ingresos de la actividad comercial, ya sea como *dependientes* o *propietarios* (M. T. Jarquín).

¿Qué importancia tendría para nosotros la lectura de este libro? Nuestra historiografía sobre la inmigración europea del XIX no es sólida, quizás con la excepción de la italiana. El tema es interesante porque en la realidad peruana, los hispanos fueron blanco de duros ataques (en los años del Conflicto con España) o acreedores de hiperbólicos elogios (por parte de grupos conservadores o tradicionalistas) que, en ambos casos, distorsionaron sus reales características como grupo. El libro nos muestra sugerencias metodológicas, teóricas y temáticas en base a una aceptable investigación empírica, que podrían servirnos como punto de partida a nuestras investigaciones.

Juan Luis Orrego P.